

EL CHECHO IBARRA

PREHISTORIA DE UN GOLEADOR

KIKE LA HOZ



ILUSTRADO POR ÓMAR LA HÓZ

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

El Checho Ibarra, prehistoria de un goleador

©2019, Kike La Hoz (textos)

©2019, Omar La Hoz (ilustraciones)

Diseño gráfico: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú

Fotografía de portada:

FOTO ORIGINAL: 1149855759 / Getty Images

Foto tomada por Raúl Sifuentes el 20 de octubre del 2013 en el encuentro disputado entre Sport Huancayo y Sporting Cristal por el Torneo Descentralizado.

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2019

Tiraje: 5000 ejemplares

ISBN: **978-612-4431-28-9**

Registro de Proyecto Editorial: **31501201900487**

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2019-05790

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte, Lima 3 - Perú

www.cecosami.com

Lima – Perú, **junio 2019**

*Al Copete Ibarra,
allá en lo alto de Río Cuarto.*

Agradecimientos:

A la familia Ibarra por abrir las puertas de la casa de Güemes y a todos los entrevistados en Río Cuarto, Buenos Aires y Lima por sentir que al contar la historia que los unió a Sergio Ibarra contaban sus propias vidas.

Yo era un nueve torpe pero goleador,
capaz de agujerear la red o desmayar a un perro

Oswaldo Soriano

EL GOLEADOR

El Checho. El Manteca. El Basura. El Pitata. El Keko. El Sergio. Todos son una versión de él. Pero Sergio Ramón Ibarra Guzmán es su nombre.

Lo han llamado de tantas otras formas, aunque a sus cuarenta y seis años ya no las recuerda todas. Es el hijo del Copete Ibarra, un obrero de espalda anchas como él, y de Tati Guzmán, una mujer de la que heredó mucho más que la quijada y la paciencia. Es también el hermano mayor de Christian, Martín y Lorena, con quienes compartió casa y cama por igual. El primogénito de una familia pobre, destinado a ser un *negro* más en un barrio de *negros*, el barrio Alberdi de Río Cuarto. El Gran Chaparral. O como algunos lo llaman aún: el Pueblo Alberdi. Porque más allá de las líneas del Ferrocarril Andino, en esas calles de tierra seca, guadal sobre adoquines y hierba silvestre al pie de los potreros, aún cruza una carreta y el infierno sigue siendo grande. Allí creció, indio de carácter, sin imaginar que se convertiría en un futbolista de verdad, de esos que salen en revistas y periódicos.

Entre amigos y primos aprendió lo esencial para sobrevivir. Al principio, solo hacía falta una resortera, unos pantalones cortos y una bicicleta vieja. Después, una pelota de trapo. Se acostumbró a correr detrás de ella. Cada día. Cada tarde. Hasta que el sol se ocultaba más allá de la estación, del otro lado de la ciudad.

Ni siquiera después de ser aceptado en el Sportivo Atenas pensó que llegaría lejos. A veces soñaba con jugar en Boca y vestir la

camiseta de la selección argentina, pero se conformaba con acabar la escuela, encontrar una buena changa y ponerse en pedo uno que otro fin de semana sin que su mamá se diera cuenta. Y si sonaba El Gary, Trulalá y La Mona, su corazón era lo suficientemente feliz para aceptar su vida en ese rinconcito extraviado al sur de Córdoba. El fútbol, el barrio y el quarteto lo eran todo para él.

Debe haber sido la insistencia. Quizá su buena estrella, o el destino, como le han dicho a veces, pero descubrió con los años que tenía un don: estar ubicado en el lugar y en el momento indicado. Así fue siempre. Pero, sobre todo, dentro de una cancha. Por algo no fue al club Alberdi, en el que jugó su viejo; ni al Estudiantes de Río Cuarto, por el que hinchaba el abuelo Negro. Estaba escrito que jugaría por Atenas y que un buen día, después de algunos años de ser un juvenil sin mayoría de edad, lo elegirían a él, un completo desconocido, un inexperto delantero, un reservista recién promovido al primer equipo, para ser el único futbolista de la historia moderna de su ciudad en ser vendido a un club del extranjero sin pasar antes por Córdoba o Buenos Aires. A él, Sergio Ramón Ibarra Guzmán. El Keko de la familia Ibarra. El Sergio de la calle Güemes. El Pitata del Pueblo Alberdi. El Basura de la Clase 73 de Atenas. Lo habían elegido a él para ser algo más que un carpintero, un obrero o un mecánico. Pero debía dejarlo todo, lo poco que llevaba fuera, lo mucho que llevaba dentro, para ir al Perú, a probar suerte como futbolista, sin conocer a nadie.

A nadie.

Llegó en el otoño limeño de 1992, entre cochebombas y devaluaciones. Sin ningún periodista que lo recibiera en el aeropuerto. Eran tiempos de cólera, terrorismo y crisis económica. Llegó al lugar del que todos querían huir. Después de su primer viaje en avión, aprendió que debía volar solo. Pero aprendió algo más importante aún: los arcos tienen la misma forma en todos lados. Y encontró la manera de olvidarse del miedo, la soledad y la distancia con goles. Marcó siete en su nuevo club, el Ciclista Lima, un equipo con más rayas negras sobre su camiseta blanca que hinchas en las tribunas. Un equipo que sobrevivía en la segunda división después de casi cien años de historia.

Siete goles en seis meses. Nada mal para un novato que apenas conocía este país. Pero sería recién al año siguiente que un gol cambiaría el rumbo de su vida.

Sin lugar para los extranjeros en el torneo de ascenso, según las nuevas reglas del fútbol peruano, tuvo que buscar espacio en otro equipo: Alianza Atlético de Sullana aceptó contratarlo. El viaje de veinte horas en bus desde Lima hasta ese pueblo grande de la costa norte, en Piura, al borde del río Chira, fue como volver, de algún modo, a Río Cuarto. El polvo, el calor y esa inconfundible sensación de que nada ocurre ni ocurrirá le recordaban a Alberdi. Pero los resultados no acompañaron al equipo hacia la mitad de la temporada 93. No había logrado marcar ni un solo gol en cuatro meses. Y entonces Sabino ‘el Tano’ Bartolli, un técnico mañoso y de arrugas como laberintos —que aún conservaba su acento porteño después de casi treinta años en el Perú—, hizo un anuncio en medio de la crisis. Antes de enfrentar a Sporting Cristal, les advirtió: “Aquí tengo una lista de los que se van”.

Seis en total y su nombre estaba allí. El mundo casi se le cae a pedazos. Pero solo había una forma de escapar de esa sentencia. “Si me responden, se quedan; si no se van *pa’* la mierda”, remató el viejo sin mostrar una pizca de piedad. Pero esa tarde en Sullana fue titular, hizo un gol y triunfaron. Ganaron 2-0 y, cuando llegó al camerino, se largó a llorar en un rincón. Sin consuelo. En silencio. Ahogándose en sus propias babas. “¿Dónde está el pibe?”, escuchó que preguntó el Tano, entre los gritos eufóricos y el hervidero de personas que bailaban sobre el piso mojado del vestuario. Pero a él no le salía ni una sola palabra.

De los seis solo quedó él.

Le tocaría luego hacer goles importantes en su carrera, ganar un título internacional y batir récords, pero aquella tarde luminosa de mayo, exactamente un año después de llegar al Perú, la recordaría por el resto de su vida como la que selló su futuro lejos de Río Cuarto.

No está tan seguro, pero ya para entonces todos lo conocían como el Manteca Ibarra, y soñaba con tener una vida al lado de Rocío Gonzales, su novia desde hacía algunos meses. Bajo el amparo del techo y las ollas de su suegra, una vieja querendona, se enamoraron como los dos adolescentes que aún eran por entonces, y nunca

más se separaron. Tres hijos llegarían después: Vanina, Valentina y Facundo. A veces piensa que debe ser verdad aquella creencia popular de Sullana que dice que no hay mejor manera de asegurar un amor para toda la vida que con tres simples pasos: darle de beber agua de pipa de Marcavelica, hacerle comer camote y bañarlo en las aguas del río Chira. Ella se encargó de que él cumpliera cada uno de los requisitos del conjuro, a riesgo de ahogarlo, incluso.

Algunos años después entendería que ese vínculo eterno no solo sería con una mujer o con una familia. Sería, en realidad, con todo un país.

A partir de entonces nunca dejó de hacer goles en los veintidós años que le tocaría jugar al fútbol en el Perú. En segunda y en primera¹. Con la franja roja del Deportivo Municipal. Vestido de rosa en un estadio cerca del puerto del Callao. En las alturas del Cusco con Cienciano. Sobre el pasto duro de Huaral. Bajo el manto de harina de pescado de Chimbote. En la costa de Ica y en la sierra de Huancayo. Al pie del volcán Misti, en Arequipa. En la norteña Chiclayo. Con la legendaria camiseta crema de la 'U'. Acostumbrado a tener listas las maletas, siempre, y a lanzarse para empujar una pelota. A confiar en que tarde o temprano una chance frente al arco se le iba a presentar. Porque no hay goles malos, solo malos delanteros que no hacen goles. Por eso siempre los gritó todos. Sin distingo, como se quiere a los hijos: imperfectos, bellos o ingratos, y es que en el fondo reflejan una parte de los delanteros. Sin exagerar. Los festejó todos, como si cada uno fuese el primero. O el último. Todos. Los de cabeza. Los de zurda. Los de derecha. Los inesperados. Los soñados. Los que nacieron de un rebote en la canilla. Los que llegaron al inicio de un partido. Los que le quitaron el aliento en una definición. Los que tardaron tanto que el árbitro ya llevaba el silbato en la boca. Los de sombrero. Los de caño. Los de taco. Los de nuca. Los de chalaca, o chilena —como dirían aún sus amigos en Río Cuarto—. Los de pecho, muslo o encuentro. Los que llegaron de un córner o a partir de un despeje absurdo de un defensa rival. Los que marcó de penal:

1 Sergio Ibarra marcó cuatro goles con José Gálvez durante su participación en la segunda división del 2014. En el Torneo Descentralizado, con San Simón, no logró anotar.

cuarenta para ser exactos. Los que se morfaron los jueces de línea por haber estado en *offside*. Los que le ocasionaron que le putearan hasta la bisabuela y dos generaciones más. Los que permitieron que lo quisieran como un peruano de nacimiento. Los que sirvieron para olvidar una goleada o para goleadas inolvidables. Los que no alcanzaron para celebrar un título. O aquel gol a 4138 metros sobre el nivel del mar, en Cerro de Pasco, cerca del mismísimo cielo, que lo obligó a rezarle a dios y a un balón de oxígeno. O aquel otro con Unión Huaral que debió haber sido de derecha, pero que le pegó en el tobillo izquierdo, chocó en el palo y entró en el arco, indeciso y tropezando, como un borracho en una cantina. O el penal ante Boca en Miami, que no está en los registros como un gol oficial, pero que sirvió para ganar la Recopa Sudamericana, el segundo título internacional de un club peruano. O, mejor aún, aquel otro con Melgar que le permitió romper la marca del mítico Cachito Ramírez, el legendario jugador que eliminó a la Argentina de Pedermera con sus dos goles en la Bombonera allá en el 69. Históricos esos dos goles. Histórico también el suyo.

Cuando llegó a los 193, que lo convirtieron en el futbolista con más goles en la historia del fútbol peruano, ya todos lo conocían como el Checho Ibarra. Y después de ser homenajeado, aclamado e idolatrado, a los treinta y un años decidió que no se detendría. Que seguiría haciendo tantos goles como pudiera. Hasta que las piernas lo abandonaran. En el camino se hizo peruano, con DNI y pasaporte; técnico profesional, con título oficial a nombre de la nación; y abuelo, por decisión de su hija mayor. Se salvó de morir tres veces. Un puente peatonal sobre el parabrisas, una volcadura en medio de la madrugada y un preinfarto después de un partido en Huancayo no torcieron su voluntad de seguir jugando. Como dice su vieja, la suerte siempre estuvo de su lado. La misma suerte que lo cobijó luego de caer en un pozo a los dos años en Río Cuarto. Pero no sabe si fue la suerte o el destino lo que marcó toda su vida.

Se retiró a los cuarenta y un años siendo el goleador prehistórico, en clave de humor peruano. En total, con 277 goles. Los estadísticos dicen que 274. Otros, como su suegra, 283. Monedas más, monedas menos, sabe que será difícil que alguien supere esa marca.

Al menos por un buen tiempo. El suficiente como para que no lo olviden. Para que lo recuerden ahora que es un futbolista retirado, tuitero con miles de seguidores, figura pública y comentarista en la televisión. Porque si hay algo que le da terror es eso: que nadie se acuerde de él.

Quizá todo lo que hizo lo hizo por eso. Pero ahora que mira hacia atrás, le cuesta saber cuándo empezó todo. Sabe que fue en Río Cuarto; es posible que en Alberdi. O quizá en el Sportivo Atenas. Puede que en algún picado con los vagos del barrio. En aquella mañana en la que el abuelo Negro lo llevó al club para pasar la prueba. O cuando ganó el primer título con la Clase 73. Quién sabe, tal vez haya ocurrido el día de su debut sobre la tierra dura del estadio 9 de Julio. Puede haber sido también aquella noche en la que lo bautizaron como el Basura. O acaso cuando aquel empresario peruano, de bigotes abundantes y ropa de etiqueta le dijo que ya todo estaba arreglado para su viaje a Lima.

Solo aquellos que estuvieron ahí saben cuándo empezó todo. Esa etapa de su vida desconocida en el Perú. La que fue el origen. La raíz. El inicio. La prehistoria.

Esa sería una buena forma de empezar a llamarla.